

EL EXILIO DOMINICANO EN CUBA (1944-1948)

Jorge Renato Ibarra Guitart

Resumen

La derrota en la Segunda Guerra Mundial de dictaduras fascistas favoreció el repudio a los regímenes de fuerza que se mantenían en América Latina. Durante este periodo se fundaron en Cuba las principales agrupaciones del exilio dominicano. Los exiliados asumieron diferentes posturas: de apoyo a los organismos internacionales, de movilizaciones desde dentro de la dictadura de Rafael L. Trujillo y, finalmente, de insurrección.

Palabras clave

Segunda Guerra Mundial, dictaduras latinoamericanas, exilio dominicano en Cuba, estrategias del exilio dominicano.

Nueve repúblicas pequeñas en Centroamérica y las Antillas, más la isla de Puerto Rico; y dos repúblicas grandes a corta distancia, Venezuela y México. Raro ha sido el país de éstos que no ha sufrido [...] un agitado vaivén político, y muchos los que han pasado de dictadura a democracia y de democracia a dictadura. La República Dominicana está situada en el centro de ese volcán; y sus exiliados han saltado de país en país según han marchado los acontecimientos de todos ellos.

JESÚS DE GALINDEZ

El imperialismo estadounidense, a partir de la administración de Franklin D. Roosevelt, retiró los mecanismos jurídicos de injerencia más directa y se comprometió formalmente a no intervenir en los asuntos internos de cada país latinoamericano. Para aplicar la Política del Buen Vecino, ya estaban creadas las bases de la dependencia de los sectores de la oligarquía latinoamericana hacia Washington, con-

formadas las fuerzas represivas bajo la supervisión norteamericana y, en algunos casos, penetradas las fuerzas revolucionarias.

Esa intención de Estados Unidos dirigida a no intervenir en los asuntos internos de las naciones latinoamericanas paradójicamente contribuyó al reconocimiento de crueles dictaduras en todo el continente. De esa manera se favorecía a las fuerzas represivas que, actuando con el apoyo logístico de Norteamérica, violaban las normas jurídicas de sus países. A los efectos del “Buen Vecino” bastaba que un gobierno se proclamara soberano, con un mínimo de apoyo entre los sectores de la oligarquía, para obtener la aquiescencia de Washington. Por eso las dictaduras de Batista, Trujillo y Somoza —entre otros— tuvieron siempre la venia de la administración Roosevelt, que, por doce largos años, rigió los destinos de la gran nación del norte.

A partir de 1943, teniendo en cuenta la nueva coyuntura histórica que surge con la Segunda Guerra Mundial, el aparato burocrático de la administración Roosevelt empieza a sufrir cambios: en ese mismo año Sumner Welles renuncia, presionado por Cordell Hull. El propio Hull deja su cargo en 1944, para ocuparse de la fundación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). En abril de 1945 concluyó la Segunda Guerra Mundial y murió el presidente Roosevelt, con lo que el gobierno estadounidense pasó a ser comandado por Harry Truman. En general, la derrota en la guerra mundial de dictaduras fascistas, como la alemana y la italiana, favoreció el repudio a los regímenes de fuerza que se mantenían en América Latina; ya en 1944 habían caído las dictaduras en El Salvador y Guatemala. En esas circunstancias el régimen trujillista, a pesar de su apoyo incondicional a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, se apreciaba como un anacronismo.

En Cuba, durante este periodo de conflagración, había tenido lugar la fundación del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) el 21 de enero de 1939, en el barrio El Cano, casa del exiliado Virginio Mainardi. Entre los fundadores se encontraban: Juan Bosch, Juan Isidro Jiménez Grullón, Enrique Cotubanamá Henríquez y Ángel Miolán. La doctrina de este partido se vinculaba a la de los partidos de tendencia nacional-reformista de América Latina, como fueron: la Alianza Popular Revolucionaria (APRA) del Perú, la Acción Democrática de Venezuela y el Partido Revolucionario (Auténtico) de Cuba. Con posterioridad, hacia 1943 el PRD celebró su primer congreso; para en-

tonces debió cambiar de denominación por la de Unión Democrática Antifascista Dominicana (UDAD), cediendo a la presión del gobierno de Batista, que pretendía complacer de algún modo a Trujillo. Por varios años el PRD fue la organización de exiliados dominicanos predominante con secciones en varios países, pero no pudo alcanzar la completa unión de toda la comunidad de expatriados en las Américas. En Cuba radicaba su sección más consolidada.

Por esos años tuvieron lugar cambios políticos que favorecieron a los exiliados dominicanos: en junio de 1944 fue electo presidente de Cuba Ramón Grau San Martín; en julio de 1945 Juan José Arévalo tomó el poder en Guatemala; en tanto en octubre de ese año asumió la Presidencia en Venezuela Rómulo Betancourt. Estos tres gobiernos, junto con el de Élie Lescot en Haití, resultaron abiertamente hostiles a Trujillo, por lo que se crearon las condiciones para que los desterrados dominicanos desarrollaran una vasta conspiración con el sustento que le dieron estas administraciones.

En octubre de 1944 tuvo lugar en La Habana el primer Congreso de Unidad de los exiliados dominicanos, del cual emergió el Frente Unido para la Liberación Dominicana (FULD), que agrupaba a: la Unión Patriótica Dominicana, dirigida por Ángel Morales; el Frente Democrático Dominicano, de Ramón de Lara; la Asociación Independiente para la Liberación Dominicana, de José R. Kingsley; así como el Partido Revolucionario Dominicano. En esta última agrupación comenzaban a surgir divisiones entre su presidente Juan Bosch y Juan Isidro Jiménez Grullón. Como resultado de este congreso unitario, se nombró delegado general del Consejo Supremo a Leovigildo Cuello y enviado especial para las negociaciones con los gobiernos de la región que simpatizaban con la causa redentaria dominicana a Juan Bosch. Diferentes miembros de la sociedad civil cubana estuvieron invitados al Congreso de Unidad dominicana. La Federación Estudiantil Universitaria (FEU) elaboró el documento "A los estudiantes de América", el cual tuvo gran impacto continental. Después se creó el Comité Pro Democracia Dominicana, que dirigió el senador auténtico Eduardo Chibás y que tuvo una sección en la Universidad de La Habana que llegó a regentar Fidel Castro.

Durante este periodo los exiliados dominicanos asumieron diferentes posturas sobre la mejor manera de deshacerse de la dictadura trujillista. Un primer momento estuvo caracterizado por el deseo de

los exiliados de convocar a la opinión pública y a los organismos internacionales para que presionasen a la dictadura trujillista a ofrecer cambios democráticos. En un segundo momento un sector de los exiliados dominicanos entendió que era posible actuar desde adentro de la dictadura de Trujillo para producir cambios legales. En un tercer momento la mayor parte de los exiliados pasó a conspirar con vistas a iniciar una insurrección.

Con el objetivo de ganar apoyo internacional, los exiliados alentaron diferentes propuestas, que fueron discutidas en las reuniones internacionales más importantes del año 1945. En ese sentido, cabe destacar las conferencias de Chapultepec y de San Francisco, en las que se condenaron los regímenes dictatoriales, aunque no se mencionó el caso particular de la República Dominicana. Al propio tiempo, en la Conferencia Panamericana de Montevideo se elaboró la doctrina de la intervención colectiva para aislar y condenar las dictaduras. Esta última propuesta, hecha por el canciller uruguayo Eduardo Rodríguez Larreta, no tuvo el consenso latinoamericano. Muchos exiliados estuvieron pendientes a que, por la fuerza de la presión internacional, Trujillo se viera obligado a dejar el poder; pero esta opción no fructificó.

En Cuba el senador cubano Eduardo Chibás, dirigiéndose a los congresistas de distintas tendencias que eran miembros del Comité Pro Democracia Dominicana, propuso apoyar una moción de condena al régimen trujillista, que fuera similar a la aprobada por el Congreso venezolano. Sin embargo, esta moción no fue aprobada por las reservas de congresistas más conservadores, como Emilio Núñez Portuondo y Agustín Cruz, quienes pensaban que el voto de este acuerdo podría dar lugar a una ruptura de relaciones diplomáticas con la República Dominicana, lo cual se consideraría un paso contrario a la unidad continental.

En 1946 Trujillo anunció que permitiría el retorno de los emigrados y la fundación de partidos y organizaciones sindicales nuevas. En medio de esto tuvo lugar la visita a Cuba de Ramón Marrero Aristy, secretario del Trabajo dominicano, quien se reunió con altos líderes del Partido Socialista Popular (PSP) con vistas a propiciar un entendimiento que permitiera la participación a los exiliados dominicanos en la nueva oferta hecha por Trujillo. La Central de Trabajadores de América Latina (CTAL) aprobó el acuerdo entre Marrero Aristy y los comunistas cubanos, con la intención de favorecer una salida negociada a la crisis dominicana.

No obstante las advertencias hechas a los comunistas de parte del resto de los exilados dominicanos que no compartían esa nueva táctica, el 23 de julio salieron hacia la República Dominicana Ramón Grullón, del Partido Democrático de la Revolución Dominicana (PDRD), y dos dirigentes obreros cubanos: Ursinio Rojas, líder sindical en Santiago de Cuba, y Buenaventura López, director de la sección de Cultura y Propaganda del PSP. Tenían el objetivo de organizar una confederación laboral que sería aceptada por Trujillo. La revista *Bohemia* recogía el sentir de algunos de los exilados opuestos a esas negociaciones, quienes se quejaban de que los del PDRD no les habían consultado para dar ese paso de buscar arreglos directamente con Ciudad Trujillo y se hacían esta pregunta: “¿Qué justificación existe para que un núcleo se separe del frente común contra la dictadura dominicana en nombre de un inminente cambio de ésta hacia la democracia del cual no se capta indicio alguno?”¹

En definitiva, este intento de procurar una salida negociada a la crisis dominicana por medio de un entendimiento con Trujillo no llegó a consolidarse, debido a la susceptibilidad de la dictadura ante los actos de proselitismo y las manifestaciones de la oposición. La represión fue tenaz, y muchos opositores tuvieron que pagar con la muerte o la prisión su postura negociadora.

Los exiliados dominicanos que sostenían una actitud insurreccionalista ya habían intentado planes para procurar armas a través del gobierno haitiano de Élie Lescot, el cual había denunciado públicamente a la satrapía trujillista de preparar un intento de atentado personal destinado a derrocarlo del poder. El 11 de diciembre de 1944 la revista norteamericana *Newsweek* dio a conocer que “el Presidente de Haití había elevado al gobierno de los Estados Unidos una formal acusación contra el Presidente Trujillo de la República Dominicana por haber intentado asesinarlo”. Por otro lado, el agregado civil de la Embajada estadounidense en Haití reportaba a sus superiores que el emigrado dominicano Juan Bosch, de estancia por ese país, había recibido una importante suma de dinero del Ejecutivo haitiano para fines de conspiración. Consideraba que el odio existente entre los presidentes Lescot y Trujillo podría crear una situación complicada, ya que “las circunstancias parecen indicar que las relaciones entre los dos países continúan activamente malas”. Una nota del historiador

¹ *Bohemia*, sección “En Cuba”, 4 de agosto de 1946, año 38, núm. 31, pp. 47 y 48.

Bernardo Vega indica que Bosch le confirmó personalmente haber recibido esos fondos para utilizarlos en la compra de tres aviones.² Esta información fue ampliada en un informe del agregado militar en Haití, en que estableció que Bosch fue recibido por Antoine Bervin, colaborador cercano del presidente Lescot y antiguo encargado de Negocios de Haití en La Habana.³

La ira del tirano dominicano no se hizo esperar: en marzo de 1945, alrededor de la conspiración dirigida por Eleuterio Pedraza para derrocar al gobierno de Ramón Grau, se encontraron indicios de que Trujillo le había ofrecido apoyo logístico y armamentos.⁴ Tras esta conspiración se sucedieron otras dirigidas a penetrar las filas del Ejército cubano, con lo cual se captó de manera secreta a su propio jefe de Estado Mayor, general Genovevo Pérez Dámera. Mientras, en Estados Unidos un grupo de militares cubanos en retiro realizó la conspiración de Nueva Orleans, la cual acopió un caudal significativo de armas, que fueron incautadas por las autoridades norteamericanas.

Ante el fracaso de los intentos pacíficos por transformar la dictadura de Trujillo y teniendo en cuenta los continuos complots fraguados contra el gobierno cubano, el presidente Ramón Grau San Martín decidió apoyar al grupo de insurreccionalistas dominicanos en un plan bélico que luego se conocería como Expedición de Cayo Confites; para ello, Grau designó a su ministro de Educación, José Manuel Alemán, para que diera cobertura y apoyo logístico al grupo de expedicionarios conformado mayormente por dominicanos y cubanos, aunque también había miembros de otras nacionalidades.

Durante el año de 1947 tuvieron lugar importantes cambios en el aparato burocrático de Estados Unidos, con lo cual aquellos ejecutivos que apoyaban un cambio radical del régimen trujillista, como Spruille Braden, al frente de la Subsecretaría de Estado para América Latina, fueron desplazados de sus cargos. Los cuerpos armados estadounidenses sostenían una postura favorable a las dictaduras latinoamericanas, y para ellos resultaba providencial la designación del general George Marshall como secretario de Estado. La Conferencia

² Véase el Informe de la División de Inteligencia. Oficina del Jefe de operaciones navales. Departamento de Marina, 15 de diciembre de 1945, en Bernardo Vega, *op. cit.*, p. 300.

³ División de Inteligencia Militar. Informe del Agregado Militar en Haití, 5 de diciembre de 1945, *ibid.*, pp. 295, 296 y 297.

⁴ Enrique de la Osa, *En Cuba. Primer tiempo (1943-1948)*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1990, p. 95.

Interamericana de Rio de Janeiro, convocada para mediados de 1947, resultó trascendental a la hora de definir el destino de la Expedición de Cayo Confites; Estados Unidos pretendía lograr la unidad de los países de las Américas en el combate contra el comunismo internacional, con lo cual era preciso apoyar las dictaduras. Comenzaba la política de Guerra Fría a escala internacional, y las dictaduras latinoamericanas eran apoyadas en profundidad por Washington. El régimen trujillista demandaba un suministro creciente de armas no sólo para ayudar a los operativos golpistas contra los países vecinos, sino también para reprimir internamente a su pueblo y hacer frente a la justa rebeldía de los exiliados. De esa manera quería presentarse ante Estados Unidos como un aliado al que debían respetar por su invulnerabilidad militar, económica y política. Al propio tiempo que le hacía peticiones formales a Washington para que depusiera el embargo de armas, también lo desafiaba cuando coronaba con éxito operaciones de contrabando en diversas áreas del continente.

Estos hechos comprometieron la salida de la Expedición de Cayo Confites, ya que Washington presionó fuertemente al gobierno cubano de Ramón Grau para que impidiese la salida de la expedición. El general Genovevo Pérez Dámera, quien ya había dado muestras de simpatía hacia la dictadura trujillista y se había confabulado con militares estadounidenses, cumplió el propósito de detener a los expedicionarios comprometidos con el fin de la dictadura trujillista. El contexto histórico conspiraba contra la salida de la expedición, la Guerra Fría le había colocado obstáculos insalvables.

En julio de 1948 la Embajada dominicana en Costa Rica recibió informes de que un grupo de dominicanos, cubanos y venezolanos que había estado en Cayo Confites tomó participación activa en la revuelta militar que llevó al poder en Costa Rica a José Figueres. Entre los dominicanos se mencionaba a Julio Ornes Coiscou, Juancito Rodríguez, Miguel A. Ramírez, Amado Soler y Rafael Mainardi. Se informaba que precisamente el Pelotón del Caribe, dirigido por Ornes y Juancito Rodríguez, había tomado Puerto Limón, acción que determinó el cambio de gobierno. Las armas de los revolucionarios provenían de Cuba y de Guatemala.⁵

⁵ Adriana Sang Mu-Kien, *La política exterior dominicana, 1844-1961*, t. II: La política exterior del dictador Trujillo, 1930-196 [s.p.i.], p. 157.